

Familiaris Consortio: Inserción del Matrimonio-Familia en la Teología de la Historia¹.

- I. Las dos formas opuestas.
- II. Crisis de la Familia Patriarcal.
- III. Del Vaticano II a la Familiaris Consortio.
- IV. Inversión del orden de San Agustín.
- V. Dos polos de la historia: Matrimonio-Familia e Iglesia-Cristo
- VI. Iglesia y Mujer.
- VII. Génesis de la Humanidad.

Intentaremos una reflexión sobre la Familiaris Consortio, que es hoy nuestro punto de partida eclesial.

Será por un lado la inserción de ese punto de partida en la historia del matrimonio-familia, tanto en su lógica secular como eclesial.

Y por otro lado, busca subrayar lo que entendemos su aporte más esencial: la ubicación del matrimonio-familia en el marco de la teología de la historia, de la Historia Universal.

I. Las dos Formas Opuestas.

Matrimonio y familia no pueden pensarse el uno sin el otro. Ya decía Durkheim que la familia moderna reposa sobre el matrimonio, en tanto que en el pasado, el matrimonio se asentaba en la familia. Así se define la oposición principal.

Si la institución familiar envuelve al matrimonio, la tendencia es la estabilidad social de éste más allá de las vicisitudes personales.

Si el matrimonio sostiene la familia, la institución o comunidad está pendiente de las interacciones personales.

De tal modo, el polo familia-matrimonio y el polo matrimonio-familia, son los dos límites extremos entre los que se mueve toda posible comprensión de la dialéctica Familia y Matrimonio.

Este marco inicial puede complicarse si se incluyen otras variantes sociales. Pero por el momento, esta simplicidad nos basta.

Hoy vivimos el polo matrimonio-familia, de ahí que la crisis esté en la esencia de su movimiento. La conciencia histórica es una necesidad de la propia vivencia de la familia moderna. El auto-análisis incesante matrimonial-familiar es un carácter de su dinámica estructural.

Lo contrario es el carácter del otro polo familiar-matrimonial, de esencia más objetiva, con roles sociales más determinados, más distante y más manso, más cierto en sus pautas.

Entre estas dos formas opuestas transcurre la historia matrimonial y familiar. Los dos polos en estado puro no existen en la realidad, pues el uno se descompondría en la "unión libre" efímera y el otro alienaría toda subjetividad en pura representación. Caerían en el vacío de la pura

¹ Revista Medellín, vol. 10, nro. 38, junio de 1984, p. 257-266.

subjetividad o de la pura objetividad. Dos formas de destrucción opuestas del Matrimonio y la Familia. Pero entre esos dos límites transcurre la vida.

La crisis actual es por las formas nerviosas del matrimonio-familia que desplazan a la familia-matrimonio.

II. Crisis de la Familia Patriarcal.

Cuando hoy hablamos de “fin de la familia tradicional”, se trata de una variante de la familia-matrimonio: la familia patriarcal. Esta, con diversas modalidades, ha imperado en Occidente por siglos y siglos, en sociedades agrario-urbanas. Hubo familias patriarcales paganas y cristianas, en distintos círculos culturales.

Las nuevas condiciones de vida que generaba la revolución urbano-industrial del siglo XIX, en su primer despliegue, afectaron hasta los cimientos a la familia patriarcal tradicional. La familia estaba en cuestión, viejas creencias se desfondaban, había que repensar nuevamente todo. Esto no era nada fácil. Aparecieron las mayores confusiones y extravagancias, las mezclas más extrañas, pues todos estaban involucrados y el asunto era insólito. No es un azar que las grandes investigaciones históricas y sociológicas sobre la familia y el matrimonio irrumpieran en el siglo XIX.

Un apasionado defensor de la familia patriarcal cristiana, Le Play, inició las investigaciones sociológicas empíricas sobre la familia y realizó grandes estudios sobre familias obreras, hijas de la nueva revolución industrial emergente. Un socialista libertario como Proudhon, ferviente anticlerical, era no menos ferviente sostenedor de la familia patriarcal, al igual que Augusto Comte, profeta de la sociedad científica tecnocrática, que por su endiosamiento de lo femenino, llegaba a la “religión de la humanidad”. O se abrían los complejos horizontes de la etnología y la historia universal, y Bachofen descubría las antípodas, la era del “matriarcado”. O Federico Engels veía la evolución de la familia desde una presunta promiscuidad primitiva hasta la futura monogamia de amor, que serían las “uniones libres”, tras la crítica acerba de la “familia patriarcal” en sus diversas formas. Las feministas románticas y las feministas sufraguistas despertaban las iras sarcásticas de Federico Nietzsche, patriarcalista radical que anunciaba, nihilista, la muerte de Dios y despreciaba a la Iglesia, femenina y amparo de los débiles. Un gran e inesperado turbión se desataba sobre la institución familiar milenaria. De su resquebrajamiento nacían todas las fantasías, ilusiones, temores y proyectos.

Algunos proclamaban gozosos el fin de la familia tradicional. Gide clamaba: “Familia, os odio”.

El primer movimiento de la Iglesia fue reafirmar los valores cristianos de la familia tradicional. Era lo más obvio y normal aunque sin futuro. El canto del cisne de ese movimiento fue la encíclica “Casti Connubi” (1931). Sin saberlo, era el resumen final, la gran despedida cristiana del mundo familiar patriarcal. Pues desde ese mismo momento, comenzaban los replanteos de matrimonio y familia, que iniciaron un re-pensar cristiano de la nueva situación ascendente, matrimonio-familia.

Desde los años 30 el pensar tradicional sobre la familia en la Iglesia, se volvía histórico, se replanteaba, se formulaba nuevas interrogaciones y abrían nuevos caminos. Aquí tuvieron un papel decisivo las corrientes del “personalismo católico”. Quizá el que inauguró más

significativamente las nuevas rutas fue el alemán Heber Doms (“Del sentido y finalidad del matrimonio, repensados por un teólogo”). Desde allí se transitó, en una gran efervescencia eclesial de experiencias y pensamientos, hacia el nuevo punto de partida de nuestro tiempo, el Concilio Ecuménico Vaticano II. En ese nuevo punto de partida, estaban incluidas también, la familia y el matrimonio. Se abría así el segundo movimiento, ya no defensivo sino renovador, a escala de la totalidad de la Iglesia en el mundo: De la defensa a la renovación, que es ahora nuestro signo.

Comprender y ahondar para evangelizar. No es “defender” un tipo de familia pasado, que en las nuevas condiciones históricas no solo es caduco, sino que se vuelve opresivo, y por ende antievangélico. Se trata de repensar desde las fuentes evangélicas, desde el misterio de la Iglesia, la nueva situación y sus problemas, que solo pueden superarse en profundidad. De allí que la crisis contemporánea de la familia y el matrimonio es una nueva oportunidad de la Iglesia para renacer fiel al Evangelio. Es un desafío que a través de sus temblores –que son los dramas de tantas gentes- puede hacer que la Iglesia tome nueva conciencia de sí misma, del matrimonio y de la familia y preste un nuevo servicio impar al mundo de hoy.

III. Del Vaticano II a la Familiaris Consortio.

No hay llamada a mayor o nueva profundidad, que no implique crucifixión, muerte o peligro de muerte, condición de toda salud y resurrección. Si la Iglesia debía renovar su visión, debía atravesar un cierto calvario histórico. De lo contrario, todo es igual y no muere lo antiguo.

La Iglesia ha tenido grandes costos para pasar de antiguos tipos de familia-matrimonio a los nuevos de matrimonio-familia.

El Vaticano II y la *Gaudium et Spes* abren nuestra nueva época eclesial. Hace apenas veinte años. Está cercano a nosotros, y sin embargo, el Vaticano II mismo, en su momento, se vivió como una gran línea divisoria en la historia eclesial. Se sintió con la alegría de un amanecer. Era y es verdad. La Iglesia se sentía despegándose de formas ya obsoletas e ingresando a un nuevo tiempo. Por un instante se sintió arrobada de optimismo y muchos creyeron que habría renacimiento sin crucifixión. Pero pronto, enseguida, las tinieblas se desencadenaron, pusieron todo a prueba. Vino el escándalo de la *Humanae Vitae* (1968) y el martirio de Pablo VI. La Iglesia –en su mayor reconciliación- parecía verse arrojada nuevamente a un conflicto irreparable con la “civilización” y sus avances. Una gran angustia atravesó la Iglesia: muchos se desorbitaron de furia y se volvieron sordos. Una mala sorpresa, que mostraba que todo no era tan fácil, tan lineal. La *Humanae Vitae* hizo soplar vientos de tragedia en la Iglesia, dentro de la atmósfera de las sociedades opulentas del Atlántico Norte, que soñaban liberaciones sin fin. Ciertamente es que la *Humanae Vitae* deslindó firmemente los caminos de la Iglesia del malthusianismo, que las dominaciones lanzaban sobre el Tercer Mundo. Así, la *Humanae Vitae* ahondaba la ruta de la *Gaudium et Spes*, recogía católicamente la “corona de espinas” que nunca falta a una auténtica inteligencia de la Fe en el mundo. Repensar la familia y el matrimonio, no podía hacerse a fondo sin grandes costos.

La *Humanae Vitae* parecía una herida abierta al costado del Vaticano II, aunque era un despliegue del Vaticano II. Todos los nuevos prejuicios, las nuevas idolatrías, se conjuraron nuevamente alrededor de la Iglesia, la asediaron en ese punto tan neurálgico. Discusiones,

vacilaciones, componendas, tensiones, a veces desquiciantes, pero también y ante todo, nuevas maduraciones en la fe, esperanza y caridad eclesiales. Y es así como llegamos a “Familiaris Consortio” (1981).

Gaudium et Spes, Humanae Vitae, Familiaris Consortio, tres jalones tan distintos –y tan íntimamente ligados de uno de los más densos itinerarios que pueden recorrerse en pocos años, en pos de una nueva comprensión y actualidad eclesiales, en relación al matrimonio y la familia. Si la Humanae Vitae fue tempestad del nuevo camino, Familiaris Consortio es una serenidad, un andar resuelto, sin estridencia, una nueva síntesis. Creemos que supera los límites del anterior “personalismo” –que tantos frutos había dado, pero que estaba ya agotado- y abre los más amplios y englobantes horizontes de la teología de la historia.

IV. Inversión del Orden de San Agustín.

La realidad de la Iglesia trasciende siempre a la auto-conciencia de la Iglesia. Tal adecuación es solo el fin de la historia. Y en la historia la Iglesia va descubriendo –y a veces oscureciendo- lo que ella en realidad es. La autocomprensión eclesial del matrimonio tiene vicisitudes de siglos, maduraciones que asombran por sus largos plazos. Es bueno recordarlo para evitar una visión meramente “doctrinaria”, abstracta, que procedería con una racionalidad deductiva, desde ciertas premisas. Porque aquí las premisas son misterios del mayor misterio que es Dios, y se despliegan en la experiencia histórica de sociedades y personas. Manifiestan una lógica viva. Así, los tres valores o bienes que Agustín veía en el matrimonio, descendencia-amor y fidelidad-sacramento, han sido motivo de una reflexión incesante en la historia de la Iglesia. Sus distintos énfasis y variaciones, en diferentes momentos históricos y culturales, son notables. Nos servirán para apreciar el sentido de los cambios. Aunque los tres valores se implican mutuamente siempre, su orden diferente de un sentido general también diferente.

Tomemos “Sacramento”. Este solo comienza a ser relevante en la reflexión eclesial desde el siglo XII, y tan intrínsecamente ligado al contrato, consentimiento libre de los cónyuges, que contribuye paulatinamente al pasaje de las estirpes “familia-matrimonio” hacia el actual “matrimonio-familia”. Y solo ante la negación de Lutero, que veía en el matrimonio una realidad creatural, secular, no salvífica, la Iglesia define en Trento al matrimonio como sacramento, es decir, intrínsecamente referido a la salvación: instrumento y signo de Cristo y su Iglesia.

En la crisis de la familia patriarcal, desde cuyas grietas Freud puso a la luz el erotismo, el sexo, el cuerpo, la Iglesia trasciende el antiguo “contractualismo” (que había sido personalización) y recupera de modo personalista la “alianza”, el sentido totalizante del amor, la comunidad de personas, la espiritualidad del cuerpo sexuado, etc. Por eso, así como la “Casti Connubi” se mantenía en el orden “descendencia-amor y fidelidad-sacramento”, con la Gaudium et Spes se pasaba al clima personalista de “amor y fidelidad-sacramento-descendencia”. Esto significaba el pasaje de la familia-matrimonio al matrimonio-familia. Este pasaje pone a la luz por qué, en muchos, se vivió la Humanae Vitae como un regreso al orden anterior. Pero esto muestra también los límites de “personalismo”, amenazado por una visión puramente intersubjetiva, finalmente privatista e individualista. Por eso quizá sea el orden de los tres valores más frágil, más fugaz.

En cambio, con la “Familiaris Consortio”, se alcanza un nuevo orden de los tres valores, el más profundo, el más religioso, el más intrínsecamente colectivo: sacramento-amor y fidelidad-descendencia. Si la fe mutua es el comienzo, el sacramento es en realidad su fuente primera: el amor incondicional de Dios es siempre primero. La Iglesia de Cristo se pone en el acto de amor de la alianza, configura la misma alianza.

La nueva reflexión histórica sobre el matrimonio y la familia nos conduce inexorablemente a la teología de la historia, a la eclesiología, a la totalidad del misterio cristiano. Es que no se puede ahondar una parte sin penetrar en el todo. El matrimonio y la familia nos replantean una reflexión desde mucho más allá de ellos mismos, en ellos mismos. Nos abre desde su seno a toda la historia de la salvación, a la historia universal.

V. Dos Polos de la Historia: Matrimonio-Familia e Iglesia-Cristo.

Para la Iglesia, el matrimonio no es una institución privada entre otras. Más que privado, el matrimonio es intimidad, y por la intimidad, el matrimonio participa de lo más universal y fontal de la realidad: el amor. Para los cristianos, el amor se revela como originario de todo lo real: Dios es amor, la Trinidad es amor. Ese es el misterio insondable de la realidad, la fuente de todo sentido. Siempre resuena en mí un pensamiento de Hamelin, filósofo francés que murió ahogado al querer salvar a otra persona: “Exister c’est etre voulu” (Existir, es ser querido). La raíz del ser, de la vida, es el amor, a pesar del lado siniestro de la realidad. Es una convicción cristiana central.

Para Familiaris Consortio, el hombre es imagen de amor: “Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza, llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado al mismo tiempo al amor. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión de amor. Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y la mujer, la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y la comunión. El amor es por lo tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano” (FC 11). Solo desde aquí puede vislumbrarse el misterio del matrimonio y la familia, en su significación y compromiso universal.

Decía Juan Pablo II en su primera Encíclica Redemptor Hominis: “El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo como un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no le es revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente” (RH 10, FC 18). Solo el amor da el ser, el sentido, de todo y cada uno: creación ex nihilo. Solo por el amor, se pone en fuga la nada.

Meditar sobre el matrimonio-familia lleva inexorablemente al sentido del ser. Es uno de los accesos privilegiados al fondo de la realidad. Por eso la Familiaris Consortio expresa: “Remontarse al “principio” del gesto creador de Dios es una necesidad para la familia, si quiere conocerse y realizarse según la verdad interior no solo de su ser, sino también de su creación histórica. Y dado que, según el designio divino, está constituida como “íntima comunidad de vida y amor”, la familia tiene la misión de ser cada vez más lo que es, es decir, comunidad de vida y amor, en una tensión que, al igual que para toda la realidad creada y redimida, hallará su cumplimiento en el Reino de Dios. En una perspectiva que además llega a las raíces misma de la realidad, hay que decir que la esencia y cometido de la familia son definidos en última instancia

por el amor. Por eso la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa” (FC 17). Aquí se formula la dialéctica más nuclear y envolvente de la historia.

Aquí queda patente la importancia universal que la Iglesia otorga al matrimonio y la familia. Aquí se formulan los dos polos máximos de la historia: matrimonio-familia e Iglesia-Cristo. Bipolaridad que atraviesa todas las sociedades, Estados e Imperios. En el matrimonio y la familia se compromete también el sentido de la historia universal. En lo más humilde, vulgar y cotidiano, acaece lo más grandioso. La Iglesia, lo sabe y lo enseña, lo comunica.

Solo quien ignore el sentido eclesial del matrimonio y familia, puede creer que la Iglesia es “familista” en el sentido de institución social particular, privada. Esta es una visión burguesa degradada, del ser matrimonial y familiar. La autoconsciencia que manifiesta hoy la Familiaris Consortio es tan articulada con la totalidad de la creación y salvación, como solo la descomposición de la familia patriarcal secular –acontecimiento tan vasto y extraordinario– podía exigir y permitir. Esta autoconsciencia, esta recapitulación es fruto bienvenido de la crisis, un nuevo encauzamiento.

VI. Iglesia y Mujer.

Esta nueva comprensión en marcha se liga a otro de los puntos críticos de la crisis de la familia patriarcal: la mujer. Ya Juan XXIII en *Pacem in Terris* (1963) consideraba la promoción femenina como uno de los tres grandes “signos de los tiempos” (o sea, junto al ascenso de los trabajadores y de los pueblos del Tercer Mundo). La crisis de la familia patriarcal pone en crisis el modo de ser recibido por la mujer. La mujer se cuestiona y cuestiona. Esto afecta a todo, especialmente al varón, lo pone en jaque en sus hábitos. Decía Pablo VI: “Estamos plenamente convencidos de que la participación de las mujeres en los diversos niveles de la vida social se debe no solo reconocer, sino también promover y, sobre todo, estimar cordialmente, y en ese camino queda mucho aún por recorrer”. Nuevo papel en la sociedad, es nuevo papel en el matrimonio y la familia.

El feminismo es la expresión más obvia de la crisis de la familia patriarcal. La ruptura de moldes inmemoriales produce desasosiego, tanteos para nuevas vías. Las rupturas irritan y frustran, sacrifican, alimentan fantasmagorías, promueven maniqueísmos. El feminismo es una larga historia que pasa por lo grotesco y lo sublime. Nada hay sin costo. Las crisis son desproporciones. El feminismo cae muchas veces en una visión maniquea de la historia de la mujer: tiene la agobiadora impresión de que la condición de las mujeres fue horrible en todas las épocas, que siempre fue oprimida y esclava. Que solo las feministas ven ahora la luz, desde la insondable caverna donde la mujer está desde siempre. Esta es una visión ingenua, ahistórica, que extrapola los propios sentimientos en una uniformidad maniquea, inmadura.

Esto también pasa con la situación de la mujer en la Iglesia –que no es lo mismo que la sociedad secular-, que tiene su propia lógica y exigencias, y que solo una autocomprensión en ella de lo femenino y lo masculino más profunda pueden resolver. Aquí no alcanzan las extrapolaciones, sino una santidad inteligente. Pero las crisis son desmesura, intemperancias, a veces necesarias, nunca suficientes. Dice Santo Tomás que la intemperancia se opone a la claridad: “la delectación

propia de la intemperancia impide la luz de la razón, de donde procede la claridad". Pero el apasionante itinerario del feminismo en pos de la luz, no es ahora nuestro tema, aunque esté en su trasfondo. Señalamos solo la incidencia de este replanteo de lo femenino en el seno de la Iglesia, en su teología.

Aquí también la cuestión es múltiple. Juan Pablo I llamó una vez a Dios "madre". La realidad de Dios desborda los nombres, pero no los hace superfluos. En el mundo bíblico del Antiguo Testamento hay también referencias a Dios como femenino, particularmente en relación a la Sabiduría –que retoma de modo muy singular un Vladimir Soloviev-. Ahora J. Moltmann habla de "El Padre Maternal". Ha surgido, especialmente en Estados Unidos una teología feminista, de índole gnóstica, dualista, inmanentista, anticristiana, que se orienta violentamente contra toda simbólica masculina. Como se ve, los replanteos, las nuevas experiencias vitales, afectan nuestros propios modos de vislumbrar ese abismo incognoscible que es Dios. La crisis de la familia patriarcal alcanza a la teología misma, aunque no puede vulnerar el Padre que Jesucristo nos hizo atrever a pronunciar respecto de Dios. La dinámica de lo femenino y masculino toma variadas formas históricas, eclesiales y teológicas. Si el Vaticano II, por ejemplo, asume una nueva visión del matrimonio y la familia, y por ende de la relación masculino-femenino, no es extraño que sea también el Concilio con la visión mariana más integrada en la totalidad de la historia de la salvación. María y la mujer se implican, se iluminan recíprocamente en el curso histórico eclesial.

A primera vista, para los hábitos de entendimiento modernos, es muy extraño que la Iglesia emplee categorías "familísticas" –paternidad, maternidad, esponsales, filiación, fraternidad- para autocomprenderse y para la comprensión del mismo Dios inalcanzable. La sociedad secular ha reducido a la familia a una de sus particularidades, y le es incomprendible que lo "microsocial" de la familia sirva para penetrar en la lógica de las macrosociedades, aún de la Iglesia (que pretende trascender a toda macrosociedad secular). Sin embargo, ya hemos visto cómo la Familiaris Consortio remite al matrimonio y la familia al corazón de la realidad histórica: desde ellos se eleva hacia la comprensión analógica de la Iglesia y Dios, y desde la Iglesia y Dios ilumina el sentido de la familia y el matrimonio. Esta circularidad muestra el ligamen íntimo entre la micro y la macro sociedad, su comunidad de destino, el sentido que las compenetra. Por eso la "alianza", el matrimonio, es una analogía de Cristo y su Iglesia, más aún: sacramento, instrumento y signo. Por eso la bipolaridad esencial que configura la vida humana, varón y mujer, masculino y femenino, se proyecta también en toda inteligencia posible de la vida social, política y cultural.

VII. Génesis de la Humanidad.

La Familiaris Consortio piensa el matrimonio y la familia dentro de lo más esencial de la teología de la historia de San Agustín: la dialéctica de los dos amores (las dos Ciudades). Así, expresa: "la historia no es simplemente un progreso necesario hacia lo mejor, sino más bien un acontecimiento de libertad, más aún, un combate entre libertades que se oponen entre sí, es decir, según la conocida expresión de San Agustín, un conflicto entre dos amores: el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, y el amor a sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios. Se sigue de ahí que solamente la educación en el amor enraizado en la fe puede conducir a adquirir

capacidad de interpretar los “signos de los tiempos”, que son la expresión histórica de ese doble amor” (FC 16). Desde el amor, ya irradiante, ya congelado, se comprende la historia.

La historia es la dialéctica de los dos amores. Diabolos es lo contrario de diálogo. Dia-bolos es obturación entre dos, incomunicación. Así hay una “tensión” o “lucha amorosa” y una “lucha diabólica”. La dialéctica diabólica es la del Señor y el Esclavo, donde el uno se afirma en la negación del otro. Vale penetrar más en los dos amores.

Gastón Fessard, en su “Esquisse du Mystere de la Societé et de l’Histoire”, pretende superar la génesis de la humanidad que plantea Hegel en la “Fenomenología del Espíritu”, con su célebre dialéctica del Señor y el Esclavo. La que Marx recoge desde el punto de vista del Esclavo, y Nietzsche desde el punto de vista del Señor. No en vano Marx y Nietzsche son las dos estaciones terminales del ateísmo moderno. Los dos términos diametralmente opuestos no pueden más que intercambiar sin fin su superioridad o inferioridad relativas. En una dialéctica donde solo se pueden invertir los papeles, sin reconciliación posible, sin reconocimiento mutuo. Es una dialéctica diabólica, sin salida, condenada por sí a la repetición de sí. Por eso Fessard busca una dialéctica constituyente más profunda, más interpenetrada y tan universal como la otra. Y la encuentra en la del Varón-Mujer, bipolaridad constituyente de la historia, que se expande en las dialécticas diversificadas de la familia. Podemos denominarla en su variedad “dialéctica de la amistad”, que es nupcial, maternal, paternal, filial y fraternal. Dialécticas de la familia que desembocan necesariamente más allá de sí. Por eso está en la génesis de pueblos y naciones, de economía y política, de Iglesia. Este es el entramado de la dialéctica primigenia, fundadora, radical.

Así, los dos amores de San Agustín se explicitan en estas dos dialécticas opuestas de Fessard. Esto nos parece un avance decisivo, analítico, para el despliegue de la teología de la historia. Nos basta enunciarlas, sin más. Pero desde ya puede apreciarse la importancia esencial en la universalidad de la historia, de matrimonio –femenino y masculino- y familia, así como el pasaje necesario al más allá de sí mismos. Tienen como una lógica misional.

De tal modo, la Familiaris Consortio no se detiene ante todo en las funcionalidades sociales de la familia –tan variables históricamente-, sino que hace hincapié en su sentido constituyente. Ese sentido nos descubre la dialéctica abierta que está en la génesis de la humanidad.

La dialéctica abierta originaria de la sociedad está históricamente contaminada por la dialéctica cerrada del Señor y el Esclavo. Dialéctica que es la del pecado. Esta cerrazón solo es redimida por la irrupción histórica de Cristo, que se hace esclavo revelando el Señorío de Dios, que es amor. Las dialécticas de la amistad o del amor solo pueden ser de libertades: entre libertades para generar libertades. Y de tal modo el matrimonio se eleva a Sacramento, para mantener abiertas las dialécticas de la familia, generadoras y a la vez momento del pueblo secular y el pueblo eclesial, de Cristo y su Esposa la Iglesia.

Insistimos en el hecho que las categorías al uso en las ciencias sociales marginan simultáneamente al matrimonio-familia y a la Iglesia de su comprensión de la dinámica histórica. No es casualidad esta desvalorización de esos dos polos. Significa la prioridad de la dialéctica del señor/esclavo, aún bajo formas amenguadas, como por ejemplo, la competencia de los “grupos de presión”. Esto hace a las ciencias a las ciencias sociales singularmente inaptas para pensar no

solo a la Iglesia sino a la dinámica histórica misma: quedan desprovistas de la simbólica básica para poder pensar la comunidad en la historia. Es que han renunciado a una clave esencial del misterio de la historia, oculta en la banalidad cotidiana: el matrimonio-familia.

Llegamos así al final de nuestro recorrido. El matrimonio-familia reclama del recurso de todos los recursos: el amor. Allí está su inteligencia, su energía, su juicio. Sacramento, participa de la crucifixión y de la redención. Participa de lo único no fungible, incondicional e indisoluble. Viene del gesto creador de Dios y prefigura su Reino. Lo mejor acaece en lo más ínfimo. Recurso como perdón y gloria de ser. Tal el recurso y el destino comunitario del hombre y el universo. Tal la enseñanza esencial de la Familiaris Consortio.